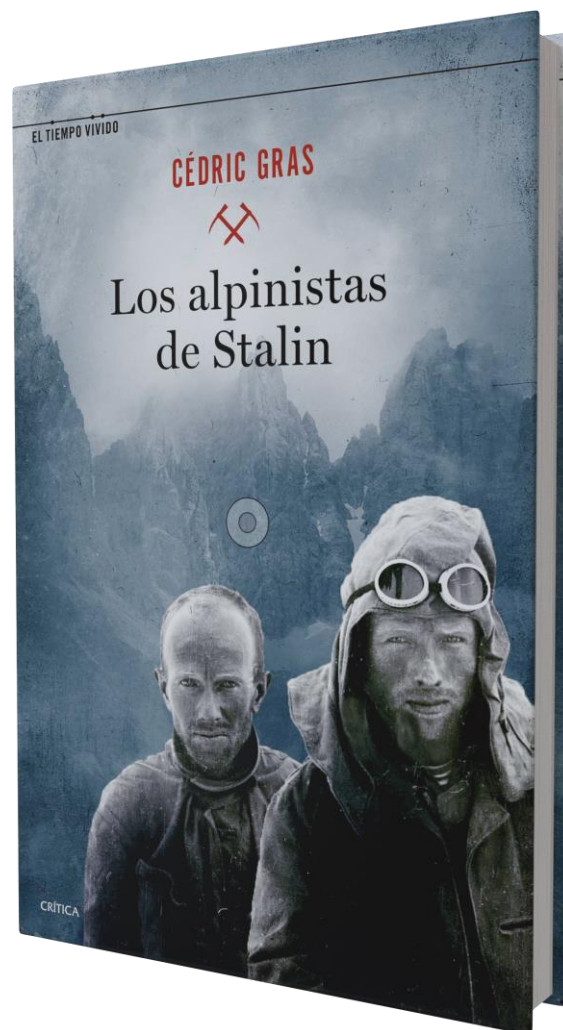


CRÍTICA

Los alpinistas de Stalin

CÉDRIC GRAS



A LA VENTA EL 6 DE ABRIL

***Material embargado hasta la fecha de publicación**

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

**«Una epopeya que nunca se ha contado.
Una historia escalofriante.» *Libération***

Premio Albert Londres 2021,
uno de los mayores galardones franceses de periodismo y literatura

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Itziar Prieto (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80/ iprieto@planeta.es

SINOPSIS

Los hermanos Vitali y Yevgueni Abalákov fueron unos famosos alpinistas rusos, dos huérfanos siberianos que alcanzaron las más altas cumbres, literales y de popularidad, al ser los primeros

en conquistar los vertiginosos picos Stalin, Lenin o el Khan Tengri, en cuya cima colocaron una estatuilla de Lenin. Pero ¿cómo es posible que esos dos héroes nacionales que llevaron el marxismo hasta «el techo del mundo» acabaran siendo víctimas del Terror estalinista?

El escritor Cédric Gras, gran conocedor de la cultura y la lengua rusas, ha investigado su historia, zambulléndose en los archivos del KGB y recorriendo todos los escenarios de su vida, con el fin de reconstruir el extraordinario y dramático destino de estos hermanos que atravesaron el siglo rojo soñando con conquistar el Everest en nombre de su país. A través de sus vidas comprenderemos mejor toda la historia de la URSS, pero también conoceremos la épica conquista de las cimas, desde los comienzos del montañismo hasta la masificación actual.

Una historia inédita en Occidente que ha sido galardonada con el prestigioso premio Albert Londres.

EL AUTOR



CÉDRIC GRAS

Nacido en 1982, Cédric Gras estudió Geografía por todo el mundo y ha dirigido varias Alianzas Francesas en distintos países de la antigua URSS. En la actualidad, sigue recorriendo las inmensidades euroasiáticas por sus libros y sus películas. Ha publicado *L'Hiver aux trousses* (2015), *Anthracite* (2016) y *Saison de voyage* (2018).

EXTRACTOS DE LA OBRA

PARTE I

La hoz y el piolet

De origen burgués

«Corre el año 1920. La guerra civil acaba de llegar a Siberia. La santa Rusia se desgarrar en las pálidas inmensidades. Los Blancos acorralan a los Rojos, los Rojos acometen a los Blancos y, desde hace poco, los bolcheviques se han proclamado dueños de Krasnoyarsk [...]. En una casa señorial de la calle Lenin (¿o todavía es la calle de la Anunciación?), una familia poco convencional está sentada a la mesa cenando cuando llaman ruidosamente a la puerta. De hecho, la aporrean hasta que por fin abren, y entonces un soldado de la revolución se planta en el umbral, mostrando con arrogancia una orden de detención.

En el documento sellado por los nuevos amos del país aparece el nombre de Iván Abalákov, el propietario de la casa. Es un comerciante notorio, un enemigo declarado del pueblo. [...] De ahí que dos adolescentes se precipiten hacia la puerta para impedir que se lleven a su tío paterno Iván Abalákov, que los adoptó años atrás. Se llaman Vitali y Yevgueni, tienen trece y catorce años, respectivamente, son huérfanos [...].»

«El guardia rojo decide llevarse a los sobrinos, además de al tío, por obstrucción a la justicia de los obreros y los campesinos, porque él, el plebeyo, ahora ostenta todos los derechos. [...] »

«[...] La mujer logra liberar a los dos hermanos, que vuelven a casa para rezar al unísono por la salvación de su tío, al que enseguida condenan a muerte. Milagrosamente, le conmutan la pena por trabajos forzados y, en diciembre de ese mismo año, incluso le conceden la amnistía. Los bolcheviques se han retractado: necesitan a gente instruida. Le asignan un puesto de contable en la fábrica y el antiguo notable se suma a las multitudes laboriosas, una vez desclasado, proletarizado, desaburguesado.»

El Fontainebleau de Siberia

«Abalákov es un apellido con dos caras, un patronímico de dos héroes, de dos nombres: Vitali y Yevgueni, dos muchachos a quienes toda la URSS acabará conociendo como “los hermanos Abalákov”, que conquistarán los mares de nubes. Llegará un día en que uno de ellos se dispondrá a ascender al Everest, mientras la viuda del otro llorará a su “conquistador de la subestratosfera”. La prensa propagandística no podía explicar a los lectores soviéticos que aquellos hombres, al principio, habían odiado la Revolución de Octubre. Los iconos del comunismo debían ser proletarios en potencia. Así que, de su adolescencia, solo evocaba las escapadas a los legendarios Stolby.

En ruso, *stolby* significa algo así como “columnas” o “bloques”. Allí, en las inmediaciones de Krasnoyarsk, se alza un archipiélago de peñascos de sienita. Como es un lugar ideal para escalar, los franceses acostumbran a llamarlo “el Fontainebleau de Siberia” [...] En los Stolby caminas entre escaladores aferrados a las paredes, entre tumbas vetustas y osos que se pasean gruñendo. Los jóvenes rusos acampan durante semanas al pie de las vías que repiten una y otra vez con la punta de los dedos. Todavía hoy, uno de los vertiginosos peñascos se conoce como “el Kommunar” y se accede a él a través de la “vía Abalákov”. En los Stolby, la sombra tutelar de Vitali y de Yevgueni planea por todas partes.

En los Stolby se respira una atmósfera anticonformista, vagamente libertaria, comparable, tal vez, a la de Yosemite en sus orígenes. Un espíritu subversivo que se remonta a

la época de los zares, cuando la escalada hacía sus pinitos junto a la utopía. Por aquel entonces, la utopía de moda se llamaba “socialismo”. Los deportados y los anarquistas se reunían bajo el amparo de la taiga y de las grutas.»

«Desde aquella época, el pequeño Yevgueni se llevaba todas las miradas. Era el segundo, el favorito, a todas luces, y hasta yo caí en esa trampa: para mi sorpresa, me di cuenta de que prefería a Yevgueni en detrimento de Vitali. Admiraba al Yevgueni artista, al escalador funambulista, al héroe sin tacha, mientras torcía el gesto ante Vitali el ingeniero, el mudo, el condenado a las puertas del gulag. Y eso que no soy demasiado sensible a las sonrisas masculinas. Yevgueni era conocido por la hermosura de su rostro y, durante toda su vida, su hermano mayor tuvo que acostumbrarse a ocupar un segundo plano a ojos de las chicas, de Stalin, del pueblo y hasta de la muerte.»

Los constructores de un futuro radiante

«Tras esa infancia de escalada e insurrección bolchevique, los hermanos Abalákov se trasladan a Moscú. [...] Vitali —que fabricaba esquís en su cuarto de Krasnoyarsk, convertido en taller— hace las maletas en 1925. Lo admiten en la facultad de mecánica del Instituto Mendeléyev. Al año siguiente le llega el turno a Yevgueni de colgar la bata de colegial; gracias a la elogiosa recomendación de un profesor de dibujo de la escuela número 3 de Krasnoyarsk, entra en el Instituto de Bellas Artes.»

«[...] Me da la impresión de que Vitali y Yevgueni experimentan un verdadero vuelco interior. Repentinamente, se abren a esa revolución que ha desclasado a su tío y ha nacionalizado sus bienes. Es verdad que su advenimiento resultó violento (¿cómo iba a ser, si no?), pero su causa es pura. En los pisos comunales se agolpa una juventud deseosa de forjar un futuro ejemplar. Vitali y Yevgueni también se entregan a la construcción de ese socialismo victorioso. Vitali, con su carácter concentrado y cartesiano, se vuelca en la causa del progreso. La URSS solo habla de un futuro material, de industria y de fábricas. Hacen falta obreros enérgicos y constructores visionarios...

Yevgueni, por su parte, abraza una sociedad despojada de cualquier atisbo de conservadurismo, que alardea de las vanguardias. El arte ya no debe ser patrimonio de la burguesía. La revolución cultural está en marcha. La fascinación que despierta llega hasta Occidente y hasta el día de hoy. Corren los años locos de los sóviets, por llamarlos de algún modo. Aunque esa efervescencia acaba decayendo. Cuando Yevgueni se traslada a Moscú, todo eso ya es pasado, Chagall ha emigrado y Malévich es blanco de las críticas. Lenin lleva dos años muerto y embalsamado. Ya se ha terminado el futurismo, el cubismo y los cuadros que no lo son.»

«[...] Tal vez Vitali y Yevgueni no siguen las ideas marxistas al pie de la letra, pero la URSS —y no ya Rusia— se convierte en su país, porque esa es su época. Es preciso comprender que un lugar no significa nada sin una fecha, que la Eurasia de la década de 1920 es un continente que ya ha desaparecido. Que es el estandarte de una maravillosa utopía que los hermanos Abalákov se afanan por plantar en el pico de las montañas.»

La Sociedad de Turismo Proletario

«Ya tienen veinticinco y veinticuatro años, respectivamente. Vitali ha obtenido el diploma de ingeniero mecánico y Yevgueni ha terminado sus estudios en el Instituto de Bellas Artes. Imaginémoslos en 1931, en un tren que se dirige hacia la pequeña república caucásica de Kabardino-Balkaria. [...]

Con ellos viaja una muchacha, Valentina Cheredova. También es originaria de Krasnoyarsk, también se ha curtido en los peñascos de Stolby. Es la novia de infancia de Vitali. Un primer amor que se eterniza. [...] Tras su boda por lo civil, el tren avanza raudo hacia el Cáucaso, una región que Vitali y Yevgueni apenas habían vislumbrado una vez, el verano anterior, desde la frondosa orilla del mar Negro. Ninguno de los tres ha pisado nunca un glaciar.»

«Y, esta vez, ¡el Cáucaso, por fin! El tren frena ruidosa-mente al final de la línea, a las puertas del Oriente que tanto fascina a los rusos. Valentina, Vitali y Yevgueni llegan a Nálchik, desde donde se ven centellear los 5.642 metros del volcán Elbrús. Se alojan en las espartanas instalaciones de la Sociedad de Turismo Proletario. Es decir, se instalan a sus anchas en un aúl, uno de esos pueblos de piedra de los pastores balkarios, inmutables desde la noche de los tiempos. ¡Menudo nombre, el de la Sociedad de Turismo Proletario! Acaban de fundarla unos cuantos camaradas de exilio de Lenin. A fuerza de esperar en las montañas suizas una revolución que ni siquiera el propio Vladímir Ilich te-nía la esperanza de ver en vida, algunos de ellos se aficionaron a subir a las cumbres, hasta el punto de sacarse el título de guías. Desean inculcar a los jóvenes soviéticos el arte de alcanzar las cimas, las de su país, esta vez, aunque continúen llamándolo *alpinizm*.»

«[...] Vitali, Yevgueni y Valentina deciden acometer la subida a una cumbre vecina, el monte Dij-Tau. En bálkaro, significa “la montaña del cielo”, cuya cumbre, de 5.205 metros, es la más alta después del Elbrús, la segunda cima más elevada del Cáucaso.»

«Estupor en el balbuciente mundo del alpinismo socialista. ¡Unos desconocidos acaban de salvar el honor nacional en el Cáucaso! Han coronado una cima que hasta entonces solo habían pisado extranjeros. Su dominio de la escalada resulta asombroso. Por primera vez, los periódicos hablan de ellos. Subrayan su carácter de siberiak y de cosacos. En el imaginario ruso, esas dos palabras evocan a los agrimensores curtidos e intrépidos, que ensanchan y al mismo tiempo velan por las fronteras de su país-continente.»

«En la joven URSS, todo gira en torno a Lenin y, como es lógico, se recurre a su biografía para justificar la necesidad de conquistar cimas. El alpinismo, que hasta entonces se consideraba un deporte en esencia frívolo y endiabladamente burgués, practicado por la nobleza europea, se convierte en un reto para el socialismo. [...]»

«Un año después de sus primeras proezas, vuelven a deslumbrar a sus contemporáneos. Esta vez Valentina no los acompaña. Con un camarada de la sección central de alpinismo, emprenden la travesía del temido muro de Bezengi, de este a oeste. Siempre cuesta describir una montaña. El muro de Bezengi está formado por una serie de picos que culminan en torno a los 5.000 metros, unidos por aristas afiladas y llenas de crestas. A lo largo de varios kilómetros, forma la frontera con Georgia. Constituye una verdadera ciudadela, absolutamente inmaculada y virgen. Durante siete días, los tres hombres se debaten en medio del mal tiempo, agarrándose los unos a los otros cuando se caen en medio de los seracs. Encadenan tres cumbres, la Gestola, la Katin-Tau y la Jangi-Tau, antes de batirse en retirada por la pared, aquejados de oftalmía de la nieve.»

«[...] En la exuberancia de los cúmulos, Vitali entrevé las curvas de Valentina, que lo espera en la capital. Yevgueni, por su parte, sueña con Anna Kazakova, a quien ha conocido en el recodo de un sendero. [...] Pianista y filóloga, es una mujer culta que comparte con Yevgueni el amor por el arte, pero también por los viajes y los valles elevados.»

La unidad 29

«La historia que da comienzo en estas páginas es desconocida en Occidente, aunque no me extrañaría que su escenario pueda parecer una geografía imaginaria. Los europeos acostumbramos a soñar con el Himalaya, los trópicos o el Sáhara. Ignoramos por completo el Cáucaso, el Tian Shan y el Pamir. Hemos convertido Eurasia en la cara oculta de la Tierra, un mundo ausente de nuestro mapa mental. Por aquel entonces, Eurasia se llamaba la URSS...»

«Así fue como una misión logró identificar, en la gigantesca cordillera del Pamir, un pico que superaba todos los demás. Debía de alcanzar los 7.600 metros; los autóctonos parecían llamarlo “Garmo”, pero los soviéticos enseguida atribuyeron ese nombre a una cima vecina, con el objetivo de llamar a sus anchas “pico Stalin” al gigante. [...] El pico Lenin, un poco más al norte, que hasta entonces se consideraba el techo de la URSS, queda destronado por ese descubrimiento topográfico, que, sorprendentemente, se corresponde con el curso de la historia. Trotskistas, zinovievistas y otros “desviacionistas” de todo pelaje acaban siendo denunciados en nombre de la unidad del Partido. La élite política tiembla en silencio ante el camarada Stalin.»

«Es el caso de un tal Nikolái Gorbunov, un destacado bolchevique que, a principios de la década de 1930, se dedica a la planificación económica. Durante la Revolución de Octubre había sido el secretario personal de Lenin y, a continuación, le habían nombrado secretario del Consejo de Comisarios del Pueblo. Como tal, su firma aparece en miles de documentos, desde los primeros decretos del gobierno, como la abolición de las clases o la fundación del Ejército Rojo [...]. Lo que no suele mencionarse es que también fue uno de los padrinos de la exploración del Pamir.»

«En 1933, Gorbunov pone en marcha una nueva expedición bajo la égida del Consejo de Comisarios del Pueblo. Está formada por más de cuarenta unidades y a una de ellas, la 29, le asigna la disparatada misión, para la época, 38 de conquistar el pico Stalin. La unidad 29 está compuesta, fundamentalmente, por hombres que habían participado en una expedición de reconocimiento que había dirigido el propio Gorbunov el verano anterior. Entre otros, cabe destacar al mecánico Shianov, al obrero automovilístico Gushin, al comunista austríaco Tsak o a los boxeadores Guettier y Kharlampiev. La profesión es un dato ineludible en esas presentaciones tan soviéticas, sumamente proletarias. Determina la posición social del susodicho en un nuevo sistema de referencia de clases en el que el plebeyo de pura cepa es el único digno de confianza para los bolcheviques. La unidad 29 también cuenta con un pintor-escultor más conocido por sus escaladas que por sus obras: Yevgueni Abalákov.

En cambio, el ingeniero Vitali Abalákov no figura entre los convocados. Como es lógico, me he preguntado por qué no se embarcó en aquella expedición tan peligrosa. Solo he encontrado una versión: al parecer, se retiró porque consideraba que los elegidos carecían de la fuerza necesaria para enfrentarse a la monstruosa fortaleza de nieve. Quién sabe. Todos ellos se llevaron sus secretos a la tumba —en el caso de que les dieran sepultura—.»

«[...] Se trata, dice el telegrama, de alcanzar «el punto más elevado de la URSS, el pico Stalin, de 7.600 metros, con el fin de instalar allí varios aparatos meteorológicos y una estación de radio». El alpinismo soviético debe estar al servicio de la “construcción del futuro”. Oficialmente, la unidad 29 parte en nombre de la ciencia. Su misión se inscribe en el programa del segundo año polar internacional.»

El pico Stalin

«[...] Primero esperan a que los rayos de sol calienten un poco la atmósfera. A continuación, paso a paso, Yevgueni se abre camino en el desierto blanco, con nieve recién caída hasta las

rodillas. Ante él, pendientes inmaculadas, surcadas por grietas, confluyen en una cima helada. Tras él, Gorbunov sufre horrores. Tiene alucinaciones. Romm cuenta que ve a su doble caminando junto a él. Es demasiado lento; el sol enseguida llega al cenit. Mediodía. La hora del mito Abalákov. Gorbunov ya no aguanta más. Le ordena que conquiste él solo el pico Stalin, a no ser que se lo sugiera el propio Yevgueni. Existen distintas versiones al respecto. El caso es que, en ese instante, la cordada, perfecta metáfora del comunismo, se rompe estrepitosamente. Basta con un único hombre en las alturas para adular al Guía. Con Abalákov basta y sobra...»

«Unas piedras: la meta está muy cerca. El viento lo empuja hacia el vacío, de la barba le cuelgan unos carámbanos. La arista se va volviendo más aguda, “como una lama”, con algunas crestas. Acto seguido, Yevgueni alcanza la cima. ¡Lo ha conseguido! Entonces se deja caer a cuatro patas. ¡Es el primer hombre en coronarla! El altímetro marca -25 °C y 7.700 metros. 7.500 metros, corrige él mentalmente. Es la tercera cumbre más alta de las conquistadas en todo el mundo.»

«[...] El respeto y el reconocimiento por parte de quienes lo conocieron es unánime. Era un hombre de una gran voluntad y de una gran dulzura al mismo tiempo. ¡La de veces que he leído la palabra “sonrisa” referida a él! Tenía todas las virtudes para ser adulado. Despertó el entusiasmo de todas las repúblicas de la URSS, que lo convirtieron en un modelo, “el alpinista número 1”. Encarnaba al nuevo hombre soviético, inquebrantable y victorioso; también modesto, al menos aparentemente. Como remuneración por sus servicios, recibió la suma de 105 rublos y 11 kopeks, el equivalente al precio de un abrigo.»

El pico Lenin

«Los hermanos Abalákov podrían haberse cruzado con la famosa aventurera suiza Ella Maillart. Releyendo *Des monts célestes aux sables rouges* (De los montes celestiales a las arenas rojizas), me llevé una sorpresa mayúscula. En Moscú, ciudad que recorre desesperadamente en las primeras páginas, intenta —en vano— sumarse a las grandes expediciones de la época. La de un tal Nikolái Gorbunov, por ejemplo. Al final logra que otro alpinista de perfil político la reciba en la Sociedad de Turismo Proletario: Nikolái Krylenko. Ni más ni menos que el comisario del pueblo de Justicia y antiguo magistrado del tribunal revolucionario. Al igual que Gorbunov, sus funciones públicas no le impiden dirigir la exploración de la remota cordillera del Pamir. ¡Parece que todo el Presídium de la URSS se encordara en verano!»

«[...] Krylenko no cesa en su obsesión: se propone ascender los 7.134 metros del pico Lenin, en la frontera septentrional del Pamir. [...]»

«El comisario del pueblo de Justicia había prometido que iba a regresar al pico Lenin, pero por la cara norte, más accesible. En 1934, decide emprender una expedición, estrictamente militar, con el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. Sin embargo, necesita a alpinistas experimentados, así que recurre a dos guías tan jóvenes como célebres: los hermanos Abalákov. Desde que subió al pico Stalin el año anterior, Yevgueni está encumbrado; por su parte, Vitali ha destacado en el macizo de Altái, donde coronó el monte Beluja² en compañía de Valentina y otros siberianos.»

«[...] empiezan a ascender a los campamentos más altos, con la ayuda de asnos y de caballos, rodeando el glaciar inferior. El equipo es bastante más pesado de lo necesario porque transportan un laboratorio fisiológico. Ante todo, el alpinismo soviético debe estar al servicio de la ciencia, no solo de la propaganda, “como los nazis”, dice ya no recuerdo quién. Sin embargo, la expedición de Krylenko escolta, entre el equipaje, un fardo poco cartesiano: un busto de Lenin.

«De repente, un grito atraviesa el aire seco. Procede de un joven oficial apellidado Ganetski. Vitali baja a ver qué ocurre y, acto seguido, vuelve a subir para explicar que el muchacho está

agarrotado, lleno de sabañones. No puede moverse, ni hacia arriba, ni hacia abajo. Hay que evacuarlo. Para colmo, es un protegido de Nikolái Krylenko, además de hijo de un famoso revolucionario judío polaco que ostenta la dirección de la música, de los espectáculos y del circo de la URSS, íntimo de Vladímir Ilich. Silencio pesado. Uno de los hermanos Abalákov no subirá a la cumbre.»

«Entonces, un militar le comunica a Yevgueni que, como ya coronó el pico Stalin, debería retirarse y dejar que su hermano conquiste el pico Lenin.»

«El sacrificio de Yevgueni es una de las escenas más relevantes de la parábola Abalákov. “Para un alpinista soviético, renunciar a la meta para salvar a un camarada es de lo más natural”, explica un autor. Desde luego, ¡los extranjeros no lo hubieran hecho! Yo creo que, en ese preciso instante, bajo el cielo radiante, Yevgueni hierve de ira. Mientras él ayuda a Ganetski a bajar, Vitali y los dos suboficiales alcanzan la arista donde encuentran sin dificultad el busto de Lenin. Lo meten en una mochila. La arista es “ancha como una calle de Leningrado” y los lleva derechos a la cumbre, tras un último tramo de peñasco. A última hora de la tarde, por fin alcanzan los 7.134 metros de la segunda montaña más alta de la URSS.»

Los conquistadores de lo útil

«Vitali regresa a Moscú. Me da la impresión de que, ese año, la vida le sonrío. No tarda en coronar el gélido volcán Elbrús, en pleno invierno, antes de que le asciendan al rango de “maestro alpinista”. Al cabo de poco, Valentina da a luz a su primer hijo, Oleg, o, para ser exactos, al segundo. Un año antes, la pareja había perdido a una niña de corta edad. A punto estuvieron de separarse. Ese feliz acontecimiento devuelve la serenidad a su hogar. Además, en la URSS se han empezado a conceder bajas por maternidad. Un avance indiscutible, que se suma al derecho al aborto.»

«En cuanto a Yevgueni y Anna, todavía no piensan en ser padres. Creo que llevan una vida más festiva. En la URSS de la década de 1930, Yevgueni brilla con luz propia. Sus hazañas han despertado curiosidad por su obra artística. La pareja frecuenta a cierta élite cultural.»

«En 1935, la URSS encarga una nueva misión a los hermanos Abalákov. En primavera, deben unirse a una expedición cuyo objetivo es la prospección de la cordillera del Turquestán. Vitali y Yevgueni no tardan en descubrir la nueva función asignada al alpinismo. El país experimenta un proceso de industrialización a marchas forzadas. Los planes quinquenales requieren cantidades enormes y crecientes de materia prima. Ha llegado el momento de que contribuyan de manera más tangible a la construcción del comunismo. En el país de los sóviets, todo se concibe como un engranaje de una tarea superior: el progreso.»

«La expedición llega a su meta: el valle del Kara-Suu, que posteriormente será el escenario de varias masacres en la época de las guerrillas postsoviéticas interétnicas. No me extenderé sobre la prospección de níquel y de estaño, en la ladera de picos vírgenes e inaccesibles. Sí que he dedicado mucho tiempo a examinar el reportaje que hizo Lorenz Saladin con su Leica. Las fotografías muestran la vida cotidiana de esa expedición a todas luces “útil”.»

«Tres meses peregrinando por todos los glaciares de la cordillera, a veces a pie, a veces esquiendo por las últimas nieves primaverales. Desde luego, llevan una vida de aventureros entusiastas, alcanzando cumbres que suelen superar los 5.000 metros de altitud. Desde las cimas, deben cartografiar el territorio, desenmarañar las nervuras de las aristas, los circos, los valles. Más que nunca, los hermanos Abalákov son verdaderos alpinistas exploradores. Abren el camino del progreso, del “desarrollo”, como se dice hoy en día. Me doy cuenta de que el libro *Los conquistadores de lo inútil*, de Lionel Terray, en la URSS se hubiera considerado una herejía.»

«[...] a finales de agosto de 1935, Vitali y Lorenz alcanzan la cumbre del pico Trapecio, acompañados por setenta y ocho combatientes armados con metralletas pesadas. Allí arriba, a más de 6.000 metros de altura, “improvisan un desfile”, escribe Vitali en un artículo no muy elocuente. En un recorte de prensa, encontré un relato bastante más exaltado por parte de un oficial que narraba una “alpiniada” parecida celebrada ese mismo año: “Me correspondió el honor de llevar el busto del camarada Stalin. No sentí el cansancio ni el frío. El corazón me latía alborozado. [...] El ascenso es arduo y abrazo con cuidado el busto contra el pecho, protegiéndolo de los golpes. [...] Embargados por la emoción, entonamos el espléndido himno del proletariado internacional. [...] Coloco el busto y las metralletas abren fuego. [...] ¡Es el saludo del Ejército Rojo [...] a nuestro Stalin amado!”.»

Nafragio en el Khan Tengri

«A principios de 1936, la Sociedad de Turismo Proletario es disuelta por su “potencial de tapadera de los enemigos del pueblo”; en otras palabras, por su excesiva libertad. El cerco se va estrechando. El alpinismo soviético había empezado como un capricho de algunos bolcheviques al regresar de su exilio europeo, pero el Partido pretende controlarlo a través del todopoderoso Consejo Central de Sindicatos de toda la Unión. Stalin ha firmado un *prikaz* que permite remunerar a los guías instructores; asimismo, un manual titulado *Reglas de ascenso en la URSS* dicta su ley hasta a los escaladores más experimentados.»

«El cuarteto pretende subir a una montaña legendaria: el Khan Tengri, cuya cima piramidal, de 7.000 metros de altura, mira por encima del hombro el gigantesco macizo del Tian Shan, las “montañas celestiales” que dividen el Turquestán soviético y el chino.»

«[...] por fin aparece la afilada pirámide del Khan Tengri, reconocible entre todas las demás. Ha llamado la atención desde la noche de los tiempos. Durante los meses veraniegos, los nómadas la distinguen desde los lejanos veraneros. De hecho, ellos lo llaman así, Khan Tengri, que en lenguas túrquicas significa “señor del cielo”.»

«Durante el resto de su vida, Vitali lamentará ese ascenso desgraciado. Le amputan cuatro falanges en la mano derecha, tres en la izquierda y un tercio del pie izquierdo. Por su parte, Dadiomov pierde veinte falanges. Nunca jamás podrán volver a practicar el alpinismo. Vitali apenas tiene treinta y un años cuando le conceden un carnet de inválido de primer grado, el máximo. A propósito de la expedición, repetirá incansablemente que fue completamente improvisada, que estaban cegados por una inconsciencia conquistadora. Siempre le reprochará a su hermano su afán de protagonizar hazañas.»

«La buena relación entre los hermanos Abalákov terminó aquel año, mientras uno se observaba los muñones, sombrío, y el otro recibía alegremente el primer premio de la exposición jubilar de las juventudes leninistas por su escultura *El alpinista*. En 1936, Yevgueni ingresa en la prestigiosa Unión de Artistas Soviéticos; entretanto, la cotidianidad de su hermano acaba de dar un vuelco, convirtiéndose en un pulso con la existencia.»

PARTE II

La organización de alpinistas contrarrevolucionarios

¡Feliz año 1937!

«[...] empieza la época conocida como Gran Terror o Gran Purga. Solo en Moscú, el documento establece que, de entrada, hay que fusilar a cinco mil ciudadanos y deportar a otros treinta mil al gulag.

Yevgueni planea a 4.710 metros por encima de ese baño de sangre. Cuando vuelve a bajar, él y sus camaradas se cruzan con unos *tourists*, unos senderistas exaltados. “¡Dicen que el famoso Yevgueni Abalákov anda por el valle! ¿Alguien lo ha visto?” Allí está, ante ellos, con su cara eslava, su estatura normal y corriente y su piel morena. Sin embargo, sus admiradores se imaginan un icono como el que vende la propaganda, un muchacho anguloso y musculado, a imagen y semejanza de las estatuas que se multiplican por las plazas de las ciudades cuyo nombre termina en “grad”. Desde luego, corren tiempos extraños, en que el candor de los jóvenes leninistas convive con la crueldad de las purgas.»

«No obstante, la URSS oculta una impostura. El 28 de julio, unos agentes del NKVD de Kabardino-Balkaria se presentan en el campamento de Adyl-Su. Supongo que se identifican ante Vitali. También le muestran una orden de detención, en la que no figura su nombre, sino una lista de trece guías instructores que trabajan con él. Comunistas extranjeros, sobre todo, dado que resulta más verosímil acusar de espías a los refugiados políticos.»

«Vitali observa con impotencia cómo se llevan a la cárcel de Naltchik a esos hombres que tanto aprecia. Los hermanos Abalákov son perfectamente conscientes de que la joven escuela alpinista soviética está en deuda con esos camaradas de la Internacional Comunista.»

«A continuación, el NKVD se abalanza sobre los escaladores normales y corrientes. Detiene a numerosos antiguos miembros de la Sociedad de Turismo Proletario, desde el comité de dirección hasta el más modesto responsable provincial. Todos ellos son acusados de espionaje a las órdenes de los supuestos cerebros de la Organización Contrarrevolucionaria Facha-Terrorista de Alpinistas y Senderistas. Si el ciudadano en cuestión es originario de Letonia o de Ucrania, también lo acusan de nacionalismo. Acto seguido, llega la deportación o la muerte. Nada puede salvar a los alpinistas, ni siquiera sus hazañas.

El venerable Antón Nabokov, un cosaco de ochenta y cuatro años que había guiado a todos los exploradores del Tian Shan, tanto bajo los zares como bajo los sóviets, es detenido junto con cuatro de sus hijos y ejecutado en el Kirguistán. Cabe citar también a Alexandre Guettier, miembro de la expedición al pico Stalin. Su biografía —partidario del zar arrepentido, con un apellido de origen francés— resultaba imperdonable: es fusilado en enero de 1938. A continuación, una retahíla de nombres más o menos públicos. Los cronistas soviéticos omiten sabiamente estos horrores. Prefieren describir con todo lujo de detalles los ascensos heroicos, el desarrollo de los campos de entrenamiento, la curva exponencial de los practicantes... Si yo también me hubiera limitado a eso, nunca habría empezado a escribir. Si me zambullí en la epopeya de los Abalákov, es porque supera con creces sus hazañas. Porque descubrí el nombre de los alpinistas más brillantes de su época donde jamás me hubiera imaginado encontrármelos. Porque lo que más estragos causó entre ellos no fueron ni los edemas de altitud, ni las caídas de seracs o los rayos en afiladas aristas de rocas. No, fue una calamidad que, aparentemente, no tenía nada que ver con la montaña: las purgas estalinistas.»

Un hermano entre los detenidos

«La noche del 4 de febrero de 1938, Vitali Abalákov está en su casa, situada en el número 6 de la calle Prograníchnaia, en Perlovka. Vive al norte de la capital, en un piso de tres habitaciones, con Valentina y su hijo Oleg, de corta edad. Todo eso se menciona al detalle en el informe de los agentes que van a buscarlo. La orden del NKVD de Moscú es la número 2306. Se conserva entre las primeras páginas del expediente II-81-55. Me he instalado en una mesilla de los archivos nacionales. Llevo semanas esperando la autorización para consultarlo. ¿Qué pretendo encontrar, en realidad? Sé perfectamente cómo acaba la detención, qué suerte corren sus camaradas. Sin embargo, en esa clase de historias, se apodera de mí un afán de conocer la verdad, aunque en la época no le importara a nadie. ¿Quién lo ha traicionado? ¿Por qué a él? ¿De qué lo acusan? ¿En qué descabellada conspiración anda enredado?»

«La furgoneta camuflada se aleja en la oscuridad. Valentina se queda sola, aterrada, sintiéndose prácticamente como una viuda. [...]»

«No sabe (¿acaso lo sabrá alguna vez?) que, dos días antes, el detenido Oleg Korzun sirve en bandeja el nombre de su marido a los comisarios [...]. En sus atormentadas declaraciones, Korzun lo “confiesa” todo: tenía la intención de ametrallar la tribuna oficial, tal y como había planificado bajo las órdenes de Vitali Abalákov. El NKVD no se conforma con haber abortado el ataque, sino que obliga a Oleg Korzun a firmar de su puño y letra: “Según mis propias palabras, leído y aprobado”. Ya solo queda hacer la foto de cara y de perfil en blanco y negro, en la que parece asustado, como tantos otros presos, así como la lista de personas a quienes ha aceptado traicionar: Vitali Abalákov, pero también Georgi Kharlampiev, Mijaíl Dadiomov, Vasiliev, un tal Rozhdéstvenski e incluso Yevgueni Abalákov.»

«[...] un tal Rusanovitch, presa de la desesperación en la cárcel, también acusa a Vitali de haberlo reclutado para la Organización el verano anterior, en el campamento de Adyl-Su, con el propósito de que echara una mano en el atentado de la Plaza Roja.»

«Examinando las fechas de las declaraciones de Vitali, descubro que en Lubianka sufre el infierno de los interrogatorios en cadena. “A partir del 5 de febrero de 1938, me interrogaron sin cesar durante diez días”, explica en su juicio. Esa clase de escenas son de sobras conocidas.»

«[...] El caso es que, a partir del 5 de febrero, la instrucción se convierte en puro maltrato. Encierran a Vitali en una celda aislada. Sufre amenazas y humillaciones, como denunciará en su juicio. Según otras víctimas de las purgas, los molían a porrazos, les pegaban con todas sus fuerzas. Los agentes se ensañaban apuntando a los cardenales que se les iban formando. Al parecer, a Vitali le golpearon sádicamente en los muñones de las manos y los pies, que le habían amputado a su regreso del Khan Tengri.»

«[...] Vitali debe confirmar los cargos falsos contra él, pero también hacer otros. Ese es el principio fundamental del Terror: la delación en cadena. Como en el juego surrealista del cadáver exquisito, entre varios, de manera improvisada, se urde un asunto sin pies ni cabeza. Las purgas también son puro surrealismo, sin duda alguna. En la página 25 de sus declaraciones manuscritas, Vitali reconoce que lo reclutaron Semenovski y Lev Barkhash en la primavera de 1936. El primero, como sabemos, ya está entre rejas. El segundo es otro bolchevique amante del alpinismo, que mantiene una estrecha relación con Krylenko y todavía está libre. Vitali lo acusa de su nombramiento en la escuela de instructores con el objetivo de malversar fondos, aflojar la disciplina o reclutar a otros miembros para la Organización.»

«Acabé perdiéndome en esas listas sin fin de presos y en esa maquinación mal atada. ¿Cómo llega Vitali a escribir esos embustes? El miedo es una gran musa. Le dan el argumento y a él le corresponde llenarlo de detalles. Nadie logra resistir a los métodos del NKVD. Vitali lo reconoce todo, reconoce todo lo que no se hubiera imaginado siquiera [...]»

«[...] todos, invariablemente, eran condenados por un único artículo del código penal, el número 58: terrorismo, espionaje y sabotaje.»

Todo se derrumba

«Vitali no cita a su hermano en ningún momento de la instrucción. Cabe pensar que el NKVD, que suele diezmar a familias enteras, tampoco se lo ordena. Yevgueni había frecuentado los mismos campos de entreno, había escalado en las mismas cordadas, con austríacos también, con Saladin. Yevgueni es de esas personas que siempre salen indemnes de todo, aunque se niega a abandonar a su hermano mayor. Hace cola ante las puertas de la cárcel de Tagan, adonde han trasladado a Vitali. Pese a que el drama del Khan Tengri haya desbaratado su complicidad, siguen siendo hermanos de sangre. Entre la muchedumbre desesperada, ante los miserables soldados, Yevgueni —el conquistador del pico Stalin, el intocable, al parecer— se desvive por hacerle llegar paquetes y cartas.

Con todo, creo que ese año Yevgueni recorre las cimas cubiertas de hielo y las paredes inaccesibles sintiendo un inmenso alivio. “Hemos perdido el modelo de la libertad —escribió Solzhenitsyn—. Ya nada determina dónde empieza y dónde termina.” Tal vez la alta montaña fuera una rara certeza para él, la de ser inalcanzable durante un tiempo. De regreso al campamento base, le atenazaba el temor a una redada o a recibir noticias funestas. Pero nadie espera nunca a Yevgueni al pie de las cumbres para detenerlo. Resulta casi bochornoso que todos los demás se esfumen como si nunca hubieran existido en la faz de la Tierra, mientras que él todavía disfruta del aire libre.»

Artículo 58

«Ese repentino desenmascaramiento de los orígenes burgueses de los Abalákov resulta de lo más preocupante, dado que podría poner a Yevgueni en el punto de mira de las autoridades. Entretanto, Yevgueni vive en una burbuja. Es la estrella absoluta en la exposición pansoviética de los Komsomol: presenta sus esculturas en bronce (*Pushkin* y *El esquiador*) realizadas durante sus estudios en el Instituto Superior de Arte y recibe el segundo premio por su retrato esculpido del torneador Ivanov, un estajanovista de la fábrica automovilística de Moscú. Sus modelos tienen un porte heroico; cualquier otra postura sería propia del arte degenerado. Yevgueni Abalákov es un artista de su tiempo. [...]»

«Así era la URSS entonces: la vida seguía su curso, pese a todo. Pese a la creciente suspicacia, pese a las bromas que ya nadie se atrevía a hacer. Convivían dos universos que nunca se cruzaban: el de los ciudadanos en libertad frente al de los campos de trabajo, las cárceles y las fosas comunes. Vitali se encuentra en el segundo, del que raras veces se regresa. Sigue pudriéndose en la cárcel durante meses. Meses de extrema soledad, sin noticias del mundo, sin poder comunicarse con nadie del exterior, sin demasiadas razones para albergar esperanzas. Desde la noche que lo detuvieron, no sabe nada de la actualidad. Supongo que se dedica a rememorar el pasado, que vuelve la vista atrás, que recuerda melancólicamente la taiga invernal de su infancia, la Siberia sin fin y sin relieve, salvo por los Stolby...»

«Su juicio (o eso parece la sesión celebrada) tiene lugar a puerta cerrada. Da la impresión de que Vitali es el único que cuenta con la defensa de un abogado, quien pone el dedo en la llaga, al exigir la presencia de los testigos clave del caso [...]»

«[...] Vitali se queja de que dos años antes el NKVD lo sometiera a semejante maltrato. Declara que la noche del 4 de febrero de 1938, pese a los golpes que le infligieron los agentes, él no “habló”. “Solo hice confesiones falsas porque eran fáciles de rebatir —explica—. La mayoría de ellas me las dictó el propio comisario.”»

«Desde luego, es un juicio extrañísimo. De pronto, la mayoría de los delatores empiezan a alabar a Vitali. Los escasos testigos presentes (Vasiliev e Ivanov) se retractan llegado el momento de su audiencia. Era “muy pausado”, “se volcó en la formación”, era un hombre “de fiar”, “no era nada antisoviético”.»

«Así, el 20 de febrero de 1940, Vitali Abalákov sale a la calle. Al principio, supuse que nadie lo esperaba. ¿Cómo iban a saberlo? ¿Quién sigue esperando el regreso de ese alpinista a quien no se puede ni mencionar siquiera? Lleva casi dos años desaparecido. Después descubrí que Yevgueni y Valentina estaban al corriente de todo. Al parecer, fueron ellos quienes, siguiendo sabios consejos, contrataron a un abogado para defender a Vitali [...].»

El frente del Cáucaso

«Cuando Vitali Abalákov se sienta a escribir, redacta manuales de referencia. *Las bases del alpinismo*, por ejemplo, una obra pedagógica que analiza las principales técnicas de la época. Como ya no puede practicar el alpinismo, se convierte en un teórico de la montaña, además de disertar sobre la metodología. Los médicos le comunican unánimemente que renuncie a las cumbres, pero Vitali, para sus adentros, alberga esperanzas. Poco a poco, retoma el ejercicio físico. Por su parte, todo ha sido, es y será puro sacrificio. Se trata de un rasgo definitorio de ese hombre, al que a partir de entonces se describe a menudo como intratable y en muchos sentidos detestable.»

«A Yevgueni lo reclutan para que dé clase de alpinismo en varios centros del Cáucaso. [...] Mientras espera que lo llamen a filas, Yevgueni se dedica a esculpir en su taller. Ha ganado un concurso para crear un monumento a Chkállov, el famoso aviador que voló de Moscú a la península de Kamchatka sin escalas y realizó el primer vuelo transpolar. [...]

Yevgueni nunca llegará a completar el encargo. El 22 de junio de 1941, Hitler pone en marcha la Operación Barbarroja. La fecha está grabada en la memoria de los ciudadanos de la antigua URSS, porque marca la movilización de todos los hombres, que van derechos al infierno.»

«Ha llegado el momento de cambiar los piolets por los fusiles-ametralladoras. Creo que los hermanos Abalákov se habían librado del servicio militar gracias al caos de la Revolución de Octubre. [...]

Apenas he encontrado datos sobre los cuatro años siguientes. Un agujero negro en su biografía. Solo sé que Vitali solicita partir al frente, antes de que lo den de baja por invalidez. Permanece en la retaguardia, pues. Por su parte, Yevgueni se presenta en el estadio Dinamo de Moscú, muy cerca de su casa, a finales de junio de 1941. Allí se moviliza un batallón bastante particular, bajo el mando del NKVD, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos que tanto había atormentado a su hermano.»

¡Hacia el Himalaya!

«[...] Cuando regresa a casa, una vez desmovilizado bastante tardíamente, ya tiene nuevos proyectos de partida. “Siempre desaparecía para participar en alguna expedición”, recuerda su

hijo, un poco dolido por sus repetidas ausencias. Pero el Terror y Hitler han postergado durante demasiado tiempo las aspiraciones de ese alpinista sin parangón. Sueña despierto con el pico de la Victoria, descubierto durante los últimos años de la guerra, que al parecer es el punto más elevado del Tian Shan.»

«Yevgueni es convocado al minucioso examen de los datos trigonométricos obtenidos por los topógrafos militares, que midieron y fotografiaron el pico de la Victoria desde varios puntos panorámicos, mientras un avión cuadriculaba la zona.»

«En el periódico *Ogoniok* de ese mismo año, 1946, leo lo siguiente: “Ahora mismo se está preparando para subir al pico de la Victoria (7.434 metros), todavía virgen. Con todo, su verdadero anhelo es coronar el Himalaya y el Everest —el pico más alto del mundo—. Los ingleses han intentado conquistarlo varias veces, en vano. Quién sabe, ¡tal vez Yevgueni Abalákov esté destinado a ser el primero en alcanzar el techo del mundo!”»

«[...] La URSS, en plena posguerra, no dispone de los recursos necesarios para financiar una incierta epopeya himalayana. Stalin desea enseñar las bondades del comunismo a Afganistán, de ahí que el Pamir se haya convertido en la nueva *frontier* de la Internacional.»

«En este último, a 6.640 metros de altura, termina la temporada de alpinismo. La temperatura es particularmente gélida, subraya Yevgueni. Ha alcanzado la cumbre en compañía de dos camaradas, con uno de los cuales entabló una estrecha amistad durante la guerra. Otra montaña, otra. En el Pamir, que se pierde de vista en el horizonte, hay un sinfín. Muy cerca de ellos se alza el majestuoso pico Moscú, todavía virgen, que Yevgueni estima —equivocadamente— que alcanza los 7.000 metros. Ese detalle demuestra que la exploración de la vertical, esa dimensión estéril y descuidada, queda inconclusa.»

«Fue su último ascenso.»

¿Un crimen o un accidente?

«El 22 de marzo de 1948, en la Casa de la Ciencia, Yevgueni presenta ante un nutrido público sus hallazgos en la cordillera Pedro I. Le encantaba la geografía. Su época le brindaba las alegrías de la exploración, del estudio básico de los glaciares y de las remotas cordilleras. En su conferencia, describe el austero y desconocido Pamir. No descarta descubrir algún otro pico de 7.000 metros. Queda tanto territorio por prospectar... Sin embargo, ha llegado el momento —¡albricias!— de emprender una expedición al pico de la Victoria. Al día siguiente, la Federación Pansoviética de Alpinismo le encarga la misión solemnemente. Le ordenan que vaya a plantar la bandera roja. A Yevgueni, esa expedición le parece la antesala del Himalaya. Si lo consigue, Moscú por fin lo enviará a la conquista de un pico de 8.000 metros.

Pero nunca sucede.

Al amanecer del 24 de marzo, encuentran el cuerpo inanimado del alpinista Yevgueni Abalákov.

Yace en un piso de la calle Izvóznaia (llamada hoy Studéncheskaia), cerca de la estación de Kiev; una vivienda comunitaria de tres habitaciones, en la que vivían dos familias, en un edificio que sigue en pie. Junto a él se hallaba otro cadáver, el de un camarada suyo del ejército recién llegado de Tiflis. Yevgueni lo había retratado durante una tregua en el frente del Cáucaso. Aquella noche festejaban su reencuentro.

En los archivos sociopolíticos de Moscú consulté las conclusiones de la investigación policial. Establecen que, hacia medianoche, tras el acto en la Federación Pansoviética de Alpinismo, los dos amigos se dirigen a la estación de metro de Biblioteca-Lenin. A continuación, van a casa de un conocido, el doctor Belikov, con domicilio en la calle Izvóznaia número 36b, piso 13. Allí,

según cuenta el informe, que insiste en la alcoholemia sin precisar jamás la tasa, todos beben alegremente: un litro y medio de vino tinto georgiano, para ser exactos.

Según la declaración del doctor Belikov, hacia las cuatro de la madrugada sus dos amigos le dicen que les apetece darse una ducha. Él se acuesta y más tarde, como no encuentra a sus invitados en la cama, los halla sin vida en el cuarto de baño. Intenta reanimarlos por boca a boca, despierta a su mujer y luego envía a la vecina —es decir, a la coinquilina— a pedir auxilio. La vecina en cuestión solo recuerda, en su testimonio, haber ido al baño una sola vez durante la noche. El aire estaba enrarecido. Al echar un vistazo por el tragaluz roto que da al cuarto de baño, vio vapor y agua que caía.

Un médico certifica su muerte a las 5.12. La investigación concluye que la causa del fallecimiento es la inhalación de monóxido de carbono, debida a un calentador de agua sobrecargado, sumado a una ventilación deficiente. Al final del documento también se mencionan las numerosas quejas a la fiscalía por parte de Anna Kazakova. La viuda de Yevgueni Abalákov jamás aceptó la tesis del accidente. [...]»

PARTE III

Vitali Abalákov

El Spartak de Moscú

«Hasta entonces, Abalákov era un nombre cuya gloria estaba mal repartida. Durante los primeros cuarenta años de su existencia, Yevgueni eclipsó a Vitali. La vida le ofreció todos los dones al primero y le impuso infinidad de pruebas y de suplicios al segundo. Mientras que las masas adulaban al hermano menor, al mayor apenas lo conocían. Yevgueni era más talentoso, más fuerte, más carismático. Y, cuando regresaba a Moscú, se ponía su traje de artista y brillaba con otra luz. Tras su muerte, unos amigos suyos llevan su efigie hasta un pico bautizado en su honor, en pleno Pamir. El nombre de Yevgueni Abalákov, pues, está grabado en el mapa para la eternidad soviética. La memoria colectiva conserva la imagen de un héroe en su plenitud, siempre sonriente. Por su parte, Vitali anda en la cuarentena, tiene el cuerpo mutilado y se ha quedado completamente calvo. Ha perdido diez de sus mejores años digiriendo su discapacidad. Tiene el rictus característico de la gente con una gran fuerza de voluntad, pero ¿quién se apostaría un kopek por su futuro como escalador? A nadie se le ocurre que el ingeniero de equipos deportivos pueda volver a experimentar el vértigo de las paredes. Sin embargo, para la sorpresa general, Vitali escribirá la continuación de la leyenda Abalákov, una continuación brillante. Desde hace dos temporadas, ha retomado el camino de las cumbres del Cáucaso. El alpinismo lo obliga a superarse, a vivir plenamente en lugar de arrastrar su dolor por Moscú. «Había regresado a la montaña para no quedarse inválido», explica uno de sus compañeros de cordada. En los senderos, lo reconocen por sus andares saltarines. Las falanges amputadas le impiden apoyar por completo la planta del pie. Frente a la habilidad innata de su hermano, Vitali Abalákov encarna lo conseguido con fórceps: una diferencia abismal.»

«Abalákov ha muerto, ¡viva Abalákov! El traspaso de poderes resulta evidente. Vitali acaba de publicar un libro tan impersonal y metódico como todos los que escribe: *Nueva técnica del alpinismo*. Asimismo, acaba de fundar la sección de alpinismo del Spartak, que también dirige. [...]»

«Vitali Abalákov es el hombre paradigmático de esa época. Si su hermano menor fue el explorador del cielo, él es el técnico de las grandes paredes. El Spartak se lleva todas las medallas. En pocos años, Vitali se convierte en el líder de la montaña soviética; ya nadie llama al Spartak así, sino «el equipo de Abalákov». Su ilustre patronímico sigue reinando en las cimas, aunque con otro estilo, completamente distinto. Vitali es un hombre más austero. [...]»

«En el laboratorio central de equipamiento deportivo, en un pequeño taller, Vitali ejerce de *konstrúktor*. Entre sus prototipos, se encuentra un ancestro del puño bloqueador, del que es el precursor olvidado, y distintos sistemas de aseguramiento. Añade puntas a los crampones o entiende la utilidad de los piolets cortos, a los que se puede adaptar una pala para excavar un refugio. Diseña las Shackleton,² unas botas de abrigo adaptadas para las alturas que en el Khan Tengri le hubieran salvado el pie. [...]»

«[...] todo el material soviético —o casi todo— lleva el sello “Abalákov”. Ese nombre, que ya era una leyenda, también se convierte en una marca. Su producto estrella es la mochila “Abalákov”, que aprieta los hombros de millones de senderistas y de pescadores de todas las repúblicas.»

El deshielo

«[...] en 1953, Vitali tiene otras preocupaciones. Sir Edmund Hillary ha alcanzado la cumbre del Everest. El grial del alpinismo mundial ha caído.»

«[...] Asimismo, el equipo es galardonado con el premio Yevgueni Abalákov, que tantos debates y protestas por parte de Anna Kazakova había generado. Desde luego, resulta de lo más extraño que Abalákov reciba el premio Abalákov, una estatuilla que representa a su difunto hermano escalando a una cima. Se sospecha que, en secreto, Vitali sentía celos del hombre con quien había crecido y que se había transformado en un trofeo que suponía una consagración. Intuyo que el premio le causa una mezcla de alegría y de duelo, de recuerdos espléndidos entremezclados con un rencor infinito. Reminiscencias que se calla. Al parecer, Vitali jamás hablaba de Yevgueni.»

Victoria (pico de la)

«Vitali decide rematar su carrera acometiendo el último pico del Tian Shan que se resistía. Retoma por su cuenta la misión que anhelaba su hermano en vísperas de su muerte: el pico de la Victoria, el segundo punto más alto de un territorio que no puede abandonar. Esa cumbre temible y recóndita, identificada por los topógrafos militares al final de la guerra, es la última de 7.000 metros virgen. Ya va siendo hora de conquistar esa cima rebelde, situada en la frontera entre la república socialista kirguí y la China de Mao. Ya va siendo hora de coronar el mito Abalákov.

En la época, los soviéticos consideran que el pico de la Victoria es la montaña devoradora de hombres. La llaman «el congelador» por sus abominables temperaturas. Junto con el Khan Tengri, frente al cual se alza, es la montaña más septentrional de la Tierra. [...]»

«[...] La cumbre todavía queda lejos por la cresta. Vitali es el primero en alcanzarla, claro está. El 30 de agosto de 1956. Victoria sobre el pico de la Victoria. Victoria sobre el propio destino.»

«Más tarde, se alzarán algunas voces acusando a Abalákov de no haber llegado exactamente a la cima. En realidad, el pico de la Victoria no es un solo pico, sino una larga cresta de tres kilómetros por encima de los 7.000 metros hasta una eminencia mal identificada en la época. Rencillas entre alpinistas, que no impidieron que la expedición obtuviera toda clase de premios y que Vitali fuera condecorado con la orden de Lenin.

Y, tras ellos, la hecatombe. En los tres años posteriores, el pico de la Victoria se cobró la vida de diecisiete valerosos soviéticos.»

La cara norte del Everest

«[...] con motivo del cuadragésimo aniversario de la Revolución de Octubre, el equipo Burevestnik, un club de estudiantes y de profesores rival del Spartak, abre una nueva vía hasta el pico Stalin.»

«En la época, el equipo Burevestnik está dirigido por un hombre a quien debo presentar: Kirill Kuzmin. Mil disculpas al lector cansado de tantos nombres cirílicos, pero el destino de Vitali Abalákov es tan extraordinario que se cruza con todos los grandes actores del siglo XX soviético. Kuzmin es una figura destacada de la posguerra. Como “alpinista industrial”, trabaja colgado de cuerdas sobre las presas hidroeléctricas de los grandes ríos siberianos o se desplaza por las fachadas de las vertiginosas construcciones realistas socialistas. Demuestra la misma soltura en las obras de la naturaleza y su sección acostumbra a proclamarse campeona de la URSS, alternándose, temporada tras temporada, con el Spartak.»

«Durante la primavera de 1958, las negociaciones con Beijing avanzan viento en popa. Convocan a la flor y nata del alpinismo soviético, procedente en su mayoría de los efectivos del Spartak y del Burevestnik, los dos clubes estrella. Todo el equipo Abalákov es movilizado. Su experiencia en el pico de la Victoria resultará de gran utilidad en el Himalaya. Por otra parte, Vitali tiene un gran peso institucional, pese a su supuesta fobia a los *plenum* y los Presidium. Algunos lo acusan de cierto autoritarismo y también de defender a los suyos ante todo. Lo nombran preparador físico y técnico, mientras que a Kirill Kuzmin le encargan dirigir la expedición. Los dos deberán complementarse, dejando de lado su animadversión. Tal vez compartan cordada hasta la cumbre.»

«El público soviético jamás supo nada de ese proyecto abortado. Por su parte, Abalákov, Filimónov, Kuzmin, Beletski, Kizel, Khergani y toda la élite alpinista lo comprendieron al leer la prensa oficial. Esta informaba de que los “conservadores contrarrevolucionarios” se habían rebelado contra los maoístas, hecho que había desencadenado una masacre de miles de tibetanos por parte del Ejército Popular. En el tejado del mundo, pues, reinaba la ley marcial, los monjes eran ejecutados, el pueblo sometido y el decimocuarto dalái lama huía a la India con la ayuda de la CIA. En consecuencia, hubo que aplazar la conquista comunista del Everest. Azares del gran calendario de la Historia.»

El fracaso del *kommunizm*

«En 1960, regresa al pico Lenin por tercera vez. A sus cincuenta y cuatro años, completa la travesía integral con sus cordadas, mientras que Valentina guía magistralmente a los benjamines hasta la cumbre principal. Ella es al alpinismo femenino lo que su marido al masculino: una líder, una pionera. Entre los aprendices a quienes guía hasta el pico Lenin, se encuentra su hijo Oleg, que comparte la obsesión por la montaña de sus padres. Se convertirá en «maestro del deporte en alpinismo» antes de incorporarse al Centro Pansoviético de Material Deportivo, siguiendo los pasos de su padre. Su hermana Galina será esquiadora. La historia se va acercando a su fin, con la transmisión de su experiencia y el paso del relevo.

A Vitali solo le queda un último reto, una idea contenida durante mucho tiempo, tal vez, una manera magistral de poner fin a su interminable carrera. Hasta una edad avanzada, hasta el último momento de su vida como alpinista, no se decide a acometer el pico Stalin.»

«Vitali tiene cincuenta y seis años. Durante su rica carrera, se ha mantenido alejado de esa cima, que descuella por encima de todas. La escuela soviética es, en gran parte, obra suya. Ha sido

condecorado con la orden Lenin. Se ha convertido en el primer entrenador emérito de alpinismo de la URSS. A su palmarés solo le falta el pico Kommunizm.»

«En el pico Kommunizm todo va de mal en peor. Oleg Abalákov ha enfermado gravemente hacia los 7.000 metros de altura. Deben llevar a cabo una operación de rescate que les resta un tiempo precioso. Esta vez, los participantes se molestan. La pared es difícilísima. Vitali empieza a sentir el peso de sus cincuenta y seis años y de la invalidez que sufre. El proyecto aborta, y allí, al pie de la montaña de su hermano menor, decide colgar los crampones y el piolet. No he encontrado más detalles al respecto. Tal vez diga alguna palabra, alguna frase o se le caiga una lágrima. Probablemente, una mueca, un fruncimiento y una última mirada, torciendo el cuello y con los ojos entrecerrados, hacia el pico inmaculado y el cielo...

Ese fue el final del mítico “equipo Abalákov”, que durante dieciséis años realizó expediciones sin accidentes ni víctimas, que fue campeón de la URSS doce veces, que estaba dirigido por un antiguo preso político, a quien le habían amputado varias falanges veinticinco años atrás.»

El patriarca

«Vitali y Valentina invitan a la flor y nata del alpinismo y la política para celebrar por todo lo alto su sexagésimo aniversario. La pareja se conoce desde la infancia; y ha sufrido muchos altibajos. Valentina debe aguantar a un marido “despreciativo”, a quien considera egocéntrico. Se refugia en el amor de sus hijos.»

«Ahora todas las empresas, todas las universidades tienen una sección de esquí o de escalada. Los veraneantes recorren los macizos de la URSS. En su mayoría, son estudiantes, más que obreros, y urbanitas, más que campesinos. El alpinismo también ha perdido la lucha de clases, tal vez porque se ha ganado el derecho de ser inútil... Leo que Vitali reivindica su patriotismo siberiano. En un texto titulado “El gran potencial de las montañas pequeñas”, evoca a los escaladores que se entrenan en los acantilados de Crimea o en los Stolby. Vitali afirma categóricamente que en relieves menores pueden formarse grandes escaladores. Desde luego, ¡menudo camino ha recorrido, desde el muchacho enfermizo que fue hasta el patriarca en el que se ha convertido! De pronto, me da la impresión de que “El gran potencial de las montañas pequeñas” es su testamento, el de los hermanos Abalákov. Los inviernos siberianos forjaron su carácter, les sirvieron de trampolín hacia las cumbres más altas de la URSS.

Ocho mujeres soviéticas

«Y entonces llegó 1974.

La espantosa tragedia. Ese año, en el pico Lenin, Vitali supervisa el primer campamento realmente internacional. [...]»

«Con el pico Lenin de fondo —pico que conquistó exactamente cuarenta años atrás—, las banderas de varios países ondean por encima de innumerables tiendas dispuestas en fila. Hasta hay un equipo procedente de la España de Franco, pese a que en el Cáucaso existe un pico de la España Libre en apoyo a los republicanos. Lenin, de quien esta vez se conmemora el quincuagésimo aniversario de su muerte, debe de revolverse en el mausoleo. En cuanto a los ingleses, izan unos calzoncillos en lo alto de su asta, en lugar de su bandera. Se trata de una profanación impensable en el país de los sóviets, que son sumamente patrióticos.»

«Hasta entonces, el pico Lenin no ha matado a nadie, un hecho digno de destacar.[...] Un ligero terremoto desencadena una avalancha en el pico vecino, el del XIX Congreso del Partido

Comunista, llevándose a un americano. Tres hombres desaparecen en la cara sur. Poco después, una suiza morirá en las alturas. El pico Lenin ha decidido recuperar en una estación su cupo de víctimas. Y ahora está ávido de mujeres, de esas valerosas comunistas que sustituyen dignamente a los mujiks en las tareas más arduas, de esas esposas liberadas por el socialismo [...].»

«[...] La paridad quedaba lejos. Es verdad que en la URSS había algunas montañistas experimentadas. Aparte de Valentina Cheredova, la más destacada de entonces se llama Elvira Shatáieva. Tiene treinta y seis años y tantas rutas alpinistas a sus espaldas que haría palidecer el mérito de muchos de sus colegas del Spartak. Feminista *avant la lettre*, se le ha metido en la cabeza convertirse en «leopardo de las nieves» encabezando cordadas no mixtas. Para ello, reúne a siete mujeres procedentes de las repúblicas de Rusia, Tayikistán o Kirguistán. Su propósito es prescindir por completo de sus homólogos masculinos. Elvira ya ha logrado su objetivo en el pico Korzhenevskaya y en el Ushba. Esta vez ha planeado recorrer todas las aristas del pico Lenin.»

«[...] el 5 de agosto hacia las cinco de la tarde, las ocho mujeres alcanzan la cima del pico Lenin, pero, cuando se disponen a bajar por la *klássika*, es decir, por la vía nor-mal, de repente la visibilidad se vuelve nula. [...]

Las ocho mujeres enseguida emprenden un descenso de pesadilla en medio de la furia de los elementos. A partir de entonces, ya no tienen noticias suyas, porque Elvira trata de ahorrar la batería. [...]

«A partir de entonces, varias brigadas de socorro parten de todos los campamentos de altura, de todos los repliegues del pico Lenin. Rusos, japoneses, americanos y franceses intentan subir por las pendientes con riesgo de avalanchas hacia la arista este. En vano.»

«[...] Las mujeres vuelven a ponerse en marcha, pero sufren horrores, se pierden y acaban acordando con Vitali que van a cavar un hoyo donde esperar a que lleguen los primeros auxilios, bloqueados por el mal tiempo.»

«En realidad, las seis supervivientes ya no aguantan más. En un silencio religioso interrumpido por las interferencias de la radio, Vitali las oye expirar una tras otra. Recibe el último mensaje el 7 de agosto a las nueve de la noche. Ya no es la voz de Elvira, sino de una tal Galina, hecha un mar de lágrimas, que anuncia con dificultad: “Ya solo quedamos dos... Dentro de un cuarto de hora, ya no estaremos en este mundo”.

Una muerte tormentosa.»

Everest, 1982

«Vitali Abalákov celebra su setenta y cinco cumpleaños en Krasnoyarsk, en su Siberia natal. Ya no desea volver a los senderos por los que se afanaba antaño. Se complace bajando por cursos de agua, en la península de Kola o en Carelia, por el río Obi.»

«El ingeniero-alpinista tiene una última misión: preparar el equipamiento para el Everest. Esa es su contribución a su viejo sueño, la culminación delegada de una vida de conquistas. Cincuenta años después de las primeras proezas de los hermanos Abalákov en el Cáucaso, parece que por fin los soviéticos podrán acometer el pico Chomolungma.»

«Seleccionan a veinticinco hombres recios en extremo de entre ciento cincuenta. Deben abrir una vía inédita en la cara oeste. Su honor como rezagados en la carrera por los 8.000 los obliga a seguir ese itinerario sumamente difícil. Se relevan incansablemente para preparar seis campamentos de altura. Vitali, desde Moscú, sigue los acontecimientos paso a paso. La URSS

debe conquistar el Everest como sea, cosa que por fin sucede el 4 de mayo de 1982, cuando el ingeniero aeronáutico Balyberdine y el pedagogo Myslovski anuncian por radio: “Desde aquí, todos los itinerarios son de bajada”.»

«Vitali Abalákov se apaga el 26 de mayo de 1985, con ochenta primaveras exactas, un mes después del accidente nuclear de Chernóbil. Es el final. Ya se intuye la apertura liberal y democrática, con resultados anárquicos.»

«Vitali no tiene derecho a ser enterrado en el cementerio de Novodévichi, donde reposa su hermano. Lo entierran en el de Kúntsevo, lejos del centro de Moscú. Junto a él reposa su hijo Oleg, fallecido en 1993 en un autocar arrollado por un camión. Valentina los siguió al año siguiente, en 1994, justo antes que su hija Galina, que en 1995 sucumbió a un cáncer. Una hecatombe familiar, que además parece que se llevó los recuerdos y los archivos.»

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Itziar Prieto (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80/ iprieto@planeta.es